

DEL SALMO VIII.

2. Ó Señor, soberano dueño nuestro, ¡cuán admirable es tu santo Nombre en toda la redondez de la tierra!

Porque tu majestad se ve ensalzada sobre los cielos.

3. De la boca de los niños, y de los que están aun pendientes del pecho de sus madres, hiciste tú salir perfecta alabanza, por razón de tus enemigos, para destruir al amigo y al vengativo.

4. Yo contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú criaste, *y exclamo:*

5. ¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? ó ¿qué es el hijo del hombre para que vengas á visitarle?

6. Hicístele un poco inferior á los Ángeles, coronástele de gloria y de honor.

7. Y le has dado el mando sobre las obras de tus manos.

8. Todas ellas las pusiste á sus piés: todas las ovejas y bueyes, y aun las bestias del campo.

9. Las aves del cielo y los peces del mar que hien den las ondas marinas.

10. Ó Señor, *soberano* dueño nuestro, ¡y cuán admirable es tu Nombre en toda la redondez de la tierra!

INSPIRACIONES.

Omnia subiecisti sub pedibus ejus; oves et boves universas... (PSALM. VIII, 8).

Señor, tu nombre es admirable en la redondez de la tierra; pero tu majestad se ve ensalzada sobre los cielos.

Entre estos cielos que te cantan la gloria descubro la luna y las estrellas que tú fundaste para el hombre.

Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿qué es el hijo del hombre para que te dignes visitarle?

¡Te dignas visitarle...! ¿Será cierto que vuelves á visitarle, tú que un día le visitaste ya, revistiéndote de los andrajos de su naturaleza en las entrañas de una virgen, tú que conversaste con él y le acompañaste por espacio de treinta años, tú que le educaste y metodizaste con tres años de predicación? ¿No le dijiste, Señor, yo quiero permanecer contigo, y no te respondió él: «No quiero tu permanencia,» y no te arrojó de la tierra arrebatándote la vida que en la tierra recibiste?

¿Es posible que vengas otra vez á visitar al que tan bruscamente te despidió?

Si le visitaras, le enaltecerías, y ¿es digno de ser enaltecido quien quiso humillarte hasta la afrenta y la muerte?

¿Cómo se entiende, pues, esta pregunta de David: qué es el hijo del hombre para que te dignes visitarle?

¿Cómo le visitas? ¿para qué le visitas?
Escoges á uno y le llenas de tu espíritu, como llamaste la virgen escogida de Israel para que sirviera de tabernáculo á tus maravillas.

En el corazón estéril del hombre reproduces aquella fecundidad que alcanzaste, y te hizo admirable, á las entrañas virginales.

Le visitas, y el hombre ignorante é insípido se halla inundado con la profusión de tu sabiduría, la profusión de tu poder, la profusión de tu amor.

Le visitas, y sus labios balbucientes se convierten en misterioso resorte de un arcano.

Le visitas, y sus juicios antes inseguros se solidan, y la boca del error se convierte en oráculo de la infalibilidad.

Le visitas y le elevas, á él, que encontraste convertido en polvo y sepultado en la cima del Calvario; á él, que encontraste desfigurado, débil y abyecto por los estragos que provocó; á él... elevaste hasta hacerle muy poco inferior á los Ángeles en gloria, y en cierta manera superior á ellos en poder.

Le constituiste en el mando de las obras de tus manos, todas las pusiste á sus piés.

Sobre el hombre que tú elevas, ungiéndole en la supremacía del pontificado, has constituido, como sobre una piedra, la luna y las estrellas, la Iglesia de los Santos.

Y por medio del pontificado de la Iglesia que confiaste al hombre todo lo riges y gobiernas.

Las ovejas y los bueyes y aun las bestias del campo; las aves del cielo y los peces del mar que hienden las ondas marinas.

Las ovejas, es decir, aquellos que tú llamaste para enaltecer con la prelación; las ovejas, los que por tu orden conservan la doctrina que tú les confias y la reparten á los rebaños segun tus instrucciones; las ovejas, aquellos á quienes diste por ministerio trepar con seguridad los montes escabrosos, manifestándose á sus pequeñitos impávidos en el peligro y solícitos en vigilar todo el terreno que se les ha confiado.

Los prelados, de los que Salomon decia, contemplando la Iglesia: *Tus dientes blancos y bien unidos, como hatos de ovejas trasquiladas acabadas de lavar, todas con dobles crias, sin que haya entre ellas una estéril*; los prelados, ovejas en las que se manifiesta la gracia que las acaba de lavar; la pureza de la doctrina en la *blancura de sus dientes*; la unidad del espíritu en su *indestructible union*; la fecundidad en la abundancia de sus crias, y el desprendimiento en sus pechos desnudos de honores del siglo, simbolizado por la circunstancia de venir *trasquiladas*, hé ahí

el significado de las ovejas que rige el hijo del hombre coronado de gloria y de honor.

Y si rige las ovejas rige tambien los bueyes.

Pero ¿á quién representan los bueyes?

Las astas caracterizan al buey, como la leche caracteriza la oveja: la leche simboliza el alimento, el asta la fuerza.

Hé ahí por qué el Señor que mandó escribir á un profeta que los prelados eran: *tamquam grex detonsarum*, hizo escribir á un apóstol: *no en vano los reyes empuñan la espada*.

El asta y la espada tienen sus semejanzas naturales.

El Dios que llenó las tetas de las ovejas armó las frentes de los bueyes; estos recibieron el asta por la misma munificencia que aquellas la leche; justo es por consiguiente que las ovejas con la leche y los bueyes con las astas, la maternidad y la fuerza, los Prelados y los Gobiernos se dejen regir por el hijo del hombre que fue coronado de gloria y honor.

Y si rige á las ovejas y á los bueyes, no menos rige á las bestias del campo; esto es, á cuantos no recibieron ni la supremacía de la fuerza, ni la supremacía de la prelación.

No menos á las bestias del campo; esto es, los corderitos y becerros; el insecto que casi no se ve, y el reptil cuyos trabajos quedan sepultados en la oscura region en que habita.

No menos á las bestias del campo; esto es, á aquella multitud de criaturas, pueblos innumerables que recorren la superficie cumpliendo sus destinos, no menos importantes, aunque menos visibles.

Los que cultivan sus trabajos, ya en la viña de la Iglesia, ya en el campo de la sociedad, todos son regidos por el hombre, en cuya frente resplandece la corona de gloria y de honor.

Y tambien rige las aves del cielo, y tambien los peces del mar.

Las aves del cielo, los espíritus privilegiados que remontándose sobre la atmósfera en que respira el vulgo, traspasando una parte de las nubes que ocultan los altísimos principios del saber, han podido contemplar algo mas de cerca los supremos destellos de la gloria científica y religiosa.

El águila vuela hácia el cielo, y fija sus ojos, que se enturbian á la luz del sol; á los genios intelectuales, llamados aves por David, les es permitido ver en lontananza la verdad, brillando en el seno del firmamento, como el escudo de armas de la casa de Dios.

Aquellas inteligencias superiores extienden sus alas á la presencia de la luz de la verdad que descubren, para que recibiendo sus resplandores sirvan de terso reverbero á la oscura tierra.

Tambien, pues, las aves del cielo son regidas por el hijo del hombre coronado de gloria y honor.

Los peces del mar son los genios de la moral, como las aves del cielo son los genios de la ciencia.

Los hombres simbolizados por los peces del mar son los que viven sepultados en el retiro de la soledad, alejados del tumulto de la tierra.

Son los que nadan y beben en las aguas incorruptibles de su llanto; sus lágrimas son el pan que les sirve día y noche; quieren ser santos y son lógicos: van en busca de Dios paseándose por las profundidades de los misterios de su amor.

Porque hienden las ondas marinas, esto es, las ondas del mar de la gracia y de la penitencia, del llanto del amor y del dolor, ellos descubren lo que el vulgo no descubre, los tesoros escondidos á la sabiduría de los sábios y á la prudencia de los prudentes.

Ellos lo descubren y lo admiran, lo admiran y per-

manecen. Admiran porque nadan en la inmensidad; permanecen por el carácter *incorruptible* de las aguas que beben.

Lo inmenso y lo incorrupto está en las aguas del mar, cuyas hondas hienden los peces regidos por el hijo del hombre que lleva la corona del honor y de la gloria.

Los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo, y los bueyes y las ovejas, que es lo mismo que decir los héroes de la santidad, y los genios de la ciencia, y los pueblos, y los Gobiernos, y los Prelados, todo se halla dominado por el hijo del hombre.

Y ¿quién es el hijo del hombre sino aquel á quien Cristo, que llegó á la edad perfecta, ha dicho: «Tú «eres mi hijo... pídemme, y *te daré las naciones en herencia, y extenderé tu dominio hasta los extremos de «la tierra?»*

Los que dudais que el hijo del hombre sea el Pontífice, coronado por Dios de honor y gloria, atended y respondednos: ¿á quién fueron dadas en herencia las naciones? ¿quién es el que tiene extendido su dominio hasta los extremos de la tierra?

Pero antes es preciso saber dónde están los extremos de la tierra. El águila ¿no traspasa el superior de ellos? ¿No traspasa el opuesto el pez del mar? ¿No apacienta por la redondez del orbe la oveja y el buey y las demás bestias del campo?

Pues si el Pontífice rige las aves del cielo, y los peces del mar, y las ovejas, y los bueyes, y las demás bestias del campo; ¿quién duda que domina los extremos de la tierra? ¿quién duda que ha conseguido la herencia de las naciones?

¡Ah! sí, él domina de polo á polo, de mar á mar, de siglo á siglo; la luna y las estrellas, las alturas y las profundidades, el orbe y la historia.

Desde que el Señor le dijo: *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*, tú eres piedra sobre que fundaré la obra maestra de mi mano; tú eres el hijo de mi amor; ningun poder ha podido compararse á su poder.

Los sábios, los Prelados, los predicadores, los Santos, los Gobiernos, se han inclinado á la sombra de la *virga directionis* que el Señor puso en su mano.

En verdad, ¡oh Señor! no se concibe cómo te acordaste del hombre, hasta elevarle como le elevaste; en verdad, Señor, el hombre que has restaurado es la bella imágen de tu divina grandeza.

La sabiduría está en su inteligencia, el amor en su corazón, el poder en sus manos, el honor en su historia, la corona en su frente: felices naciones, que sois la herencia de este Pontífice hijo del hombre.

Feliz Iglesia, que no dejarás de oír y ver confirmada esta palabra del que te dirige:

Yo he sido por él constituido Rey sobre Sion su santo monte.

Feliz el rey cuyo trono se levanta sobre una montaña que tiene de altura lo que va desde lo mas profundo del mar en que habitan los peces, hasta lo mas elevado del aire por el que vuelan las aves.

El pontificado, rey de la verdad, es tambien el rey de la extension.

GLORIA Á PIO IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege*: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.—VILARRASA.

DEL SALMO IX ¹.

1.^a PARTE.

2. Á tí, ó Señor, tributaré gracias con todo mi corazón: contaré todas tus maravillas.

3. Me alegraré y saltaré de gozo: cantaré himnos á tu nombre, ó *Dios* altísimo.

4. Porque tú pusiste en fuga á mis enemigos: y quedarán debilitados, y perecerán delante de tí.

5. Pues tú me has hecho justicia y has tomado la defensa de mi causa: te has sentado sobre el trono, tú que juzgas segun justicia.

6. Has reprendido á las naciones, y pereció el impío: has borrado los nombres de los tales para siempre por los siglos de los siglos.

7. Quedan embotadas para siempre las espadas del enemigo, y has asolado sus ciudades.

Desvaneciósese como el sonido su memoria.

8. Mas el Señor subsiste eternamente.

Él preparó su trono para ejercer el juicio.

9. Y él mismo es quien ha de juzgar con rectitud la redondez de la tierra: juzgará los pueblos con justicia.

10. El Señor se ha hecho el amparo del pobre, socorriéndole oportunamente en la tribulacion.

11. Confíen, pues, en tí, ó *Dios mio*, los que conocen y adoran tu nombre; porque jamás has desamparado, Señor, á los que á tí recurren.

12. Cantad himnos al Señor que tiene su morada en *el monte santo de Sion*: anunciad entre las naciones sus proezas.

13. Porque vengando la sangre de sus siervos, ha

¹ Este salmo está dividido en dos partes: la 2.^a forma el salmo X de los hebreos.